

en el buque en compañía de nuestros equipajes, y á pesar de mis instancias por volver á entrar en posesión del animal, se me declaró que así la vaca como nuestros efectos, no se nos podían entregar hasta de allí á dos días. En semejante penuria pregunté á la huéspedada dónde estaba el mercado.

—Aquí no hay mercado, me respondió.

—¿Pues cómo os procurais los comestibles?

—Cada uno como puede.

—¿Y no tendreis alguna cosa que venderme? sea lo que quiera os lo compraré.

—No tenemos nada; á menos que no querais ána-des *conservados*.

Es decir, que no están muy bien conservados. A pesar de las amenazas del hambre, retrocedí ante la idea de los ána-des; y nos fue forzoso acostarnos sin cenar.

Estábamos en la estación en que no hay noche, y



Mujer y niño de Berezow.—Traje de invierno.

aquel día interminable nos mantuvo despiertas. El hambre, la agitación de nuestros nervios, la novedad de la causa: todo contribuía á quitarnos el sueño.

1.º de junio.—Provisionalmente nos habíamos alojado en casa de la madre de nuestro guardian; pero teníamos decidida intención de seguir los consejos que nos había dado el coronel Krzyzanowski. Buscamos, pues, la casa donde él había habitado; y encontrándola buena, quedó pronto arreglado el trato que comprendía casa y mesa con su servicio. Nuestras habitaciones estaban pavimentadas, y sus paredes vestidas de un papel bastante limpio.

2 junio.—Nada faltaba á nuestro modesto menaje, y hasta disponíamos de algunos muebles que no teníamos derecho á exigir. Se lo dije así á nuestra

huéspedada: «Pero, señora, ese canapé, esas sillas y esos excelentes sillones, han venido con vos.»—Entonces comprendí que una ingeniosa bondad nos protegía aun en la ausencia. Onuphre Piétraskiewicz se había privado de sus muebles, y los había embarcado en el buque, sin que nosotros nos apercibiéramos de ello. Los corazones que han sufrido mucho poseen tesoros de bondad y delicadeza: los que han llorado conocen el secreto de enjugar vuestras lágrimas, ó de endulzar su amargura: saben compadecer y pueden consolar. Piétraskiewicz, que vivía de su trabajo, aun encontraba medios para aliviar la miseria ajena.

Nuestra huéspedada era sencilla y hospitalaria. Nos rodeaba de cuidados y atenciones; cada día nos pre-

sentaba alguna nueva golosina; y por lo comun, nuestra mesa estaba bien servida, esceptuando ciertos manjares de un sabor detestable, tales como ána-des rellenos de picadillo ágrio, y cocidos en una crema espesa.

Hoy tenemos un calor sofocante. Aquí se pasa sin transición del frío al calor: ayer estaban quemadas nuestras sartenes, la tierra cubierta de escarcha; los árboles solo ofrecían á la vista ramas despojadas de hojas; hoy tenemos la sorpresa de la primavera: el césped está verde, las grosellas floridas, los árboles cubiertos de renuevos... Este milagro se opera en el espacio de algunas horas.

He dicho «primavera», sino me engaño: no, aquí

no hay primavera; aquí todo es estremado, todo violento. Ayer me arropaba yo en mi capa forrada de pieles, y tenía frío; hoy llevo un vestido de muse-lina, y pido agua de nieve para apagar mi sed.

En nuestro país hay tarde, noche, día y aurora: allí todo lo ha previsto la naturaleza, todo lo ha templado, todo lo ha suavizado para proteger el organismo humano: aquí todo se produce *violentemente*, todo se manifiesta con exceso ó con parsimonia. El sol no calienta, sino quema, sin desaparecer del firmamento; sus rayos, que son llamas ardientes, devoran el rocío y le impiden refrescar la tierra.

Debo confesar, sin embargo, que Berezow, no es una ciudad de todo punto desagradable.



Choza de ostiakos.

4 junio.—Tenía yo razón: siempre la tiene el que es justo. Berezow ha tomado aspecto de fiesta y de coquetería: diríase que la naturaleza, desconfiando de sí misma, se esfuerza en mostrarnos sus tesoros. Los alerces (1) estienden sus ramas vestidas de un verde claro del mas suave efecto; la tierra fertilizada con el deshielo de las nieves, da muestras de su feracidad, con la mas hermosa vegetación. El desbordamiento del Sosva riega los sauces, respetando sus copas; la vista de aquella gran llanura líquida de un azul oscuro, tiene algo de admirable; y en medio de todo esto, se eleva por escalones Berezow, sobre una colina

(1) Especie de pinos.

escarpada. Ciertamente, no carece este espectáculo de poesía: poesía mas severa que melancólica: belleza mas salvaje que deleitosa... En fin, la naturaleza con sus mas extraños é inesplicables caprichos.

Una multitud de embarcaciones grandes y pequeñas, cuya arboladura adornan banderolas de mil colores, esperan la señal para salir á la pesca en el mar de Obi; y en tanto surcan el río lanchas que conducen provisiones á los buques.

El marido de nuestra patrona, hombre excelente aunque cosaco, se disponía á partir tambien para la pesca. La ausencia de este anciano y los peligros que iba á arrostrar, causaban á su familia la mayor tristeza y ansiedad.

Adornaba uno de nuestros cuartos una imagen de la Virgen Santísima, otras de varios santos y algunos cuadros de asunto piadoso, todos guarnecidos con una tela dorada y plateada. El anciano hizo que nos pidieran permiso para entrar allí, y nosotros se lo concedimos con mucho gusto. Vino, pues, seguido de su mujer y sus hijos, y al punto se arrodillaron delante de las imágenes, y varias veces se postraron, tocando la frente al suelo. Cuando se levantaron tenían los rostros cubiertos de lágrimas. El padre se esforzaba en moderar su dolor; pero la madre y los hijos no tenían ni fuerzas ni valor para contenerse. ¡Era una escena conmovedora!

Kosloff, que así se llamaba el anciano; Kosloff, antes de dejarnos, nos recomendó á los cuidados de su mujer. ¿Hay nada que llegue al corazón tanto como el interés que nos manifiesta un corazón desolado? ¡Pobres seres á quienes la vida se lo ha reusado todo, y que sin embargo abrigan en el alma una hoguera de ardiente sensibilidad y exquisita delicadeza! Ciertamente que la educación es un hecho inmenso, cuyas ventajas no niego. Por medio de la educación puede saberse todo, puede cada cual formarse apariencias de todo, hasta de talento, hasta de bondad; pero por encima de lo que puede aprenderse, está siempre lo que viene de arriba, y esto es lo que poseía Kosloff, quien casi salvaje, ignorante de las cosas convenientes en sociedad, las reglas, la disciplina, las costumbres, las leyes más elementales del mundo, sabía ser bueno, con los veraces y los inspirados.

5 junio.—La brisa del Norte empieza á refrescarnos un poco. Ya se respira: ya no nos devoran los mosquitos.

Hemos salido para explorar el pueblo y sus alrededores, que aun no conocíamos. Las calles no están empedradas. De unas casas á otras pasan las gentes por encima de una tabla cuando llueve ó el río se sale de madre; por consiguiente, los caminos son impracticables para caballos y carruajes, y hay que caminar á pie en todo tiempo. El pueblo no tiene ni tiendas, ni mercado, ni nada: es una especie de desierto á donde se traen de fuera las provisiones. En el país, aun en aquellas partes donde más atrasada está la civilización, hay caminos más ó menos bien contruidos, pero aquí no hay nada que se parezca á un camino: parece que esta comarca fue criada solamente para los osos, las raposas y las ardillas. Nadie ha tenido compasión de las personas, nadie se ha tomado el menor trabajo en su favor. Para comunicar de un lugar á otro, sean cuales fueren las necesidades del momento, es necesario esperar á que cubriendo el suelo una capa de nieve, pueda viajar en trineos arrastrados por renos.

Berezow consta de doscientas casas á lo más. Son de madera y se componen de un piso bajo, con co-

cina y cuartos, y un piso alto con salas y alcobas.

Hay en la ciudad dos iglesias—creo haberlo dicho ya. Su construcción es bastante artística, y los materiales por mitad piedra y ladrillo. La una se llama Spaska, y la otra Zaroutschaina. Esta última está muy bien situada y oculta, por decirlo así, en un bosquecillo de antiguos alerces; árboles que gozaban de gran veneración, según la tradición pagana de los ostiakos: aun hoy día, á pesar de la luz del cristianismo, es muy respetado el alerce.

Dos cementerios se hallan contiguos á la iglesia de Spaska: uno para los ricos y nobles: las tumbas que encierra son de mármol, de bronce, ó al menos de piedra... El otro, el de los pobres, es decir, la fosa común, está protegido por un bosque fresco, espeso, lleno de sombra y de melancolía.

Alejandro Menschikoff fue enterrado en el cementerio de Spaska. El favorito, el amigo de Pedro I estaba vestido con un traje de ceremonia y llevaba todas sus insignias, como es costumbre en el Norte. Hace muchos años se procedió á exhumación del cadáver, y se encontró en perfecto estado de conservación; en cuanto á las telas y dorados, no habían sufrido alteración alguna. Semejante fenómeno, es el resultado del hielo que rodea su ataúd, y le preserva de todos los miasmas exteriores. Aquí la tierra no se deshíela nunca á cierta profundidad. Después de la exhumación, se volvió á colocar el ataúd en la misma sepultura, rodeándola de pedazos de hielo más duros que piedras. Un montículo de tierra y un sencillito cercado de madera, fueron los únicos distintivos de esta tumba. ¡Un hombre, cuya fama había llenado el mundo; que, salido de la clase más oscura, había trepado hasta la cima de la grandeza; que se hizo á sí mismo príncipe, y empujó á su familia hasta las gradas del trono; y en fin, que á tanto se atrevió, que todo lo conquistó á fuerza de ambición y habilidad de carácter; descansa hoy en un país salvaje, entre pedazos de hielo y un poco de tierra! Su tumba, como la de los réprobos, no tiene ni un nombre, ni una fecha para darse á conocer; ningún género de epitafio... ¡El olvido, es decir, dos veces la muerte!

Aun se designa en Berezow el sitio donde se elevaba la casita que habitó Menschikoff, cerca de la iglesia de Spaska. El incendio de 1798, destruyó este edificio con una parte de la ciudad.

Dicen las tradiciones del país que Menschikoff se había hecho devoto, y lo habían nombrado mayordomo de fábrica de la parroquia. Sea convicción ó necesidad lo que le hizo devoto, lo cierto es que se había convertido en humilde y tratable; y que se entregaba de buena voluntad á los trabajos más penosos, sirviéndose del hacha y de la azada, como un pobre campesino.

No para aquí la tradición, pues añade que hay en

el cementerio dos sepulturas que encierran los restos de dos niños pertenecientes á la hija de Menschikoff... Nadie ha visto, sin embargo, esas sepulturas... El príncipe Dolgoroukoff y el conde Ostermann, murieron en Berezow, sin dejar una huella, un solo recuerdo de su tránsito por el mundo... También estos expiaron su grande é injusta fortuna... La iglesia conserva aun, sin embargo, el misal que la princesa Olga Dolgoroukoff regaló al cura de Berezow á su paso por esta ciudad.

La ciudad de Berezow está guardada por algunos cosacos, que llenan las funciones de gendarmes; pero como nunca se altera el orden, y su asistencia es perfectamente inútil, ellos y sus familias se dedican á los negocios.

En un instante de desaliento negué la existencia de tiendas; pero después de algunas investigaciones que he hecho, he acabado por descubrir ciertos rincónes decorados con el nombre de tiendas; en los cuales se vende *calicot*, té, azúcar y dulces; pero los indígenas no se proveen en esas tiendas, sino que van á surtirse á bordo de los buques que arriban en épocas determinadas.

Posee la ciudad una escuela de instrucción primaria dividida en dos clases, no sé por qué; pues en cuanto un niño sabe leer y escribir, hacen de él un comerciante.

Paseos y visitas.

El verano pasa como un ensueño feliz, y no hay tiempo para disfrutar de él.

Desde nuestra ventana se descubre un bosque sombrero de cedros y alerces aromáticos. Todos los sentidos gozan: los ojos; el olfato: todo os convida al reposo y á la meditación; pero no es prudente esponerse bajo esas frescas sombras, donde puede uno ser pasto de los mosquitos. Estos insectos tienen, en estas comarcas excepcionales, proporciones gigantescas. Un pañuelo de batistilla, y aun dos, no sería suficiente para preservarse de sus picaduras.

Pero la tentación era irresistible; y, como dice el adagio, «lo que quiere una mujer, Dios lo quiere.» Pusimos antifaces de crin, que nos regaló la generala Potemkine cuando salimos de Tobolsk; nos envolvimos el cuello con pañuelos muy tupidos; y por lo que hace á las manos, las llevábamos protegidas con guantes de piel muy recia. Armados de esta suerte, nos encaminamos al bosque. Sin embargo, debo confesarlo para vergüenza mía, todas nuestras invenciones y precauciones, toda nuestra prudencia, fracasó ante los mosquitos. Esos insectos voraces, aguijoneados por la resistencia, ostigados por el hambre, lograron penetrar al través de la muselina, de la batista y de los guantes... Tratamos de luchar con

nuestros enemigos; pero era tan considerable su número, y estaban tan encarnizados en su presa, que nos vimos obligados á abandonar el campo de batalla con la piel cubierta de vejigas.

A pesar de lo que padecemos, como habíamos resuelto pasear, en vez de volver á casa, nos fuimos de visitas. (Ya se supondrá que antes nos quitamos las máscaras).

Empezamos por el señor alcalde (*gorodnitschy*). Al principio solo nos recibió la señora alcaldesa, que á pocos momentos nos dejó para ir en busca de su marido. Las dos autoridades reaparecieron en la sala, precedidas por un criado que traía una bandeja con dulces.

La señora, muy joven, muy bonita, y además graciosa, nos invitó con la sonrisa y con el gesto, á tomar alguna golosina; pero no pronunciaba ni una pícarra palabra, y todo se espresaba en pantomima. Yo la provoqué con cumplimientos y palabras amables, y ella sonreía siempre agradablemente, pero sin responder.

No era, sin embargo muda, pues habló en voz baja y al oído de su esposo; y como nuestra situación se iba haciendo molesta, nos levantamos, decididas á marcharnos, para poner fin al embarazo de unos y otros... Al punto recobró aquella señora la palabra, y exclamó con voz vehemente.—«¿Ya os vais? ¿ya os vais? Pues, ¿y el *samovar* que iban á traer?—Había en estas palabras tal acento de verdad, que hubimos de ceder. Presentáronos un té excelente, y después de haber gustado esta bebida, que es el signo de la hospitalidad y del agasajo, nos separamos cordialmente.

Nuestra segunda visita fue para la señora Nijegorodtsoff, la más rica comerciante de Berezow, y para quien tenía yo una carta de recomendación de su hija que vive en Tobolsk.

Su casa era la más hermosa y espaciosa de la ciudad: era la casa amarilla de que antes hablé.

El gusto singular de pintar las casas de amarillo, tiene por origen la voluntad de Alejandro I, que tenía particular predilección por ese color.

No sabíamos por qué puerta entrar, y andábamos al azar, sin haber encontrado ni un solo criado... Al fin acudió á nosotros un joven que nos vió; y después de hacernos atravesar varios salones, nos introdujo en otro inmenso, magníficamente amueblado; y desapareció. Esta fuga precipitada nos hubiera parecido extraña, si no la hubiéramos atribuido al traje descuidado, en que habíamos sorprendido al joven.

Habiéndonos quedado solas, pudimos examinar á nuestro placer los hermosos objetos que nos rodeaban; y consistían en cristal, flores, piezas de plata, dorados, y finalmente todo lo que prueba la riqueza

y el refinamiento del lujo. ¡Qué contraste!... ¡Hallar todo esto en la patria desheredada de los ostiakos!

Aquí llegaban nuestros comentarios, cuando, abriéndose la puerta, dió entrada al mismo joven, que se habia vestido de otra manera, pues venia envuelto en una ancha bata de terciopelo de color de fuego. Este traje le habia devuelto su aplomo, y nos dijo en muy buenos términos que su madre habia salido; pero que si queríamos esperarla, la enviaria á buscar al momento. Le dimos gracias, diciéndole



Tipos siberianos.—Samoyedos.

tad, sin iniciativa. Se está poseído de una idea fija: beber hielo y bañarse en agua fría; y nada de esto refresca.

Un día, sin embargo, cansadas de nuestra soledad, nos decidimos á dar un paseo por la orilla del agua; pero nos molestaron los mosquitos tanto como los curiosos. Se detenían y se volvían las gentes para mirarnos, mientras los insectos nos picaban: eran dos tormentos á la vez, y tomamos precipitadamente el camino de nuestra casa... ¡Ay! otra calamidad nos esperaba: nuestro asilo habia sido invadido.

La señora X... á quien habíamos conocido muy superficialmente en Tobolsk, pero que tenia antiguas relaciones con nuestra huésped, se creyó con esto bastante autorizada para apoderarse de nuestro

que volveríamos al día siguiente, esperando ser mas afortunadas.

12 junio.—El calor es excesivo: la atmósfera está ardiendo; el aire abrasa. No salimos de nuestro cuarto. Ni rocío, ni brisa de la tarde, ni fresco matutino. Si por un instante se oculta el disco del sol, al punto vuelve á aparecer, sin dar tiempo á respirar. Se experimenta un estado de postracion muy semejante á la enfermedad; no se padece, pero se siente uno abrumado, anonadado, inerte, sin volun-

domicilio en nuestra ausencia, y la encontramos negligentemente tendida sobre el canapé.

Figuraos una mujer calzada como un hombre, con los cabellos cortados á la Tito, y llevando una especie de vestido muy semejante á un levita de hombre; una pipa en la boca, una escopeta á su lado y con avíos de caza; en fin, una mezcla repugnante y ridícula de todo lo que puede convertir á una mujer en objeto antipático.

Nuestra estupefacción nos cortó la palabra; pero la señora X... no se apercibió de ello, y nos dijo con imperturbable aplomo que tenia por costumbre parar en aquella casa, y que no habia razon para cambiar sus proyectos. Sabia, añadió, que nosotros la ocupábamos; pero no se habia detenido ante esa cues-

tion de detalle, y solamente nos rogaba que le indicásemos la sala que debia habitar.

Puesto que el huracan se ha apoderado de nuestro salon, nada mas natural que abandonarlo. Nosotros, pues, nos relegamos á una casita donde estaban las dos amas. Para que á los encantos de la señora X... nada faltase, se dedicaba á criar ocas, y las llevaba donde ella iba, las acariciaba, las besaba,

se las ponía sobre las rodillas, como suele hacerse con un perrito ó un gato. Cuando la señora X... se abandonaba á algun acceso de alegría y las ocas le hacian coro con sus graznidos, era cosa de echar á correr y no parar hasta el cabo del mundo.

La señora X... se conduce en todo como *mujer fuerte* (no por cierto como la de la Biblia) y superior á su sexo: sus aficiones son la caza, la equitacion y



Un casamiento en Berezow.

la esgrima. Su corazón nunca se ha enternecido, á no ser por las ocas. Todos se burlan de ella, sin que ella lo note.

Nosotros no deseábamos mas que el momento en que se marchase aquel ser insoportable.

Indígenas, costumbres y trajes

El distrito de Berezow tiene 3,000 kilómetros de estension. Por la parte Este linda con el gobierno de Yénisseisk; por la de Sur, con el distrito de Tobolsk; por el Oeste con la cordillera de los montes Urales; y por el Norte con el Océano Glacial. Y sin embargo de

tan inmensa estension de territorio, apenas cuenta quince mil habitantes; por consiguiente las tierras están incultas, la agricultura es nula, y se miran como cosas raras la col, el rábano, los navos, que se cultivan en Berezow solamente; pero los calores son tan fuertes, y tienen tan poca duracion, que no pueden llegar las legumbres á su madurez. Las patatas, gran recurso del pobre, son desconocidas en aquellas comarcas.

La poblacion está muy lejos de ser homogénea. Compónese de elementos diversos, cuyo origen se remonta á la conquista de Yermak, que arrojó sobre el país muchedumbre de aventureros. Hasta se en-